

\$1.20



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE
DIARIOS
PERIODICOS
Y OBRAS
DE VISTAS

Para todos

PARA LOS NIÑOS



El piloto volvió la cabeza hacia sus dos pasajeros y les dijo gritando para que sus palabras no quedasen apagadas por el endemoniado ruido del motor:

—¡Cambridge!

Siguieron volando durante un cuarto de hora y luego descendieron. Había bruma en las capas inferiores, pero tan escasa, que no privaba de distinguir las luces.

—¡Si aumenta la niebla es posible que aterricemos en algún tejado!—masculló el piloto.

En efecto, la bruma iba espesándose por momentos y hacía imposible el reconocimiento del terreno. Aparecían luces y en seguida volvían a desaparecer.

Descendieron velozmente. Una brisa sutil, empapada en agua, calaba hasta los huesos de los excursionistas.

—¡Listos!... ¡Creo distinguir el suelo!

Reinaron dos segundos de angustioso silencio, sólo turbado por el silbido del aire al rozar los tensores de acero y en seguida un trueno prolongado (la resaca rompiendo contra el litoral) hizo su aparición.

—¡Pero en donde estamos?—gritó con angustia el piloto.

Un choque violentísimo levantó el aparato poniéndolo a riesgo de dar una vuelta de campana, pero por suerte volvió a recobrar la estabilidad y, tocando nuevamente tierra, continuó rodando has-

Machucho y Pilongo aviadores

Pilongo que había llegado la hora de abandonar el tibio lecho. Se asaron en un momento, se vistieron y salieron corriendo a la calle.

La oscuridad era completa. El aeroplano estaba encarrado al mar que batía el muelle con furia a escasa distancia. Dos o tres linternas de luz muriente daban apenas el resplandor suficiente para que el piloto en sus operaciones no anduviese del todo a ciegas. Unos cuantos marineros envueltos en pesados impermeables presenciaban y ayudaban con buena voluntad la carga de bencina.

El piloto dió febrilmente una última mano a sus composuras, cargó en el aparato algunos sacos con correspondencia e indicó con un gesto a Machucho y Pilongo que era hora de subir al aparato.

—¡Como no corran mucho—dijo un marino viejo—es probable que bailen algo por ahí arriba!... Está bajando el barómetro y en este tiempo es mala señal...

Trepó el motor con fragor de tormenta y la hélice en furioso torbellino comenzó su trabajo.

Machucho, tras de inauditos esfuerzos, pudo coger uno de los tensores roto. que le velocidad ponía tirantes como cuerdas de guitarra y rápidamente fué cosiendo con el mismo acero la tela al armazón del ala. Una vez lograda la burda composura, retrocedió lentamente acercándose al cuerpo del avión.

—¿Qué?—dijo Machucho jadeante cuando los brazos de Pilongo lo hubieron izado nuevamente a bordo.—¡Marcha esto ahora?

Pero incapaz de resistir por más tiempo al ai-



re, a la lluvia, al frío y a la emoción se desmayó. Pilongo lo recibió en sus brazos y tras unas vigorosas frías en el pecho pudo ver con inmensa alegría cómo su hermano volvía a la vida.

El temporal amainaba, pero ya era demasiado tarde para tratar de salvar el aparato. Durante el huracán, el piloto había perdido la ruta en su furiosa lucha con los elementos y ahora procuraba remontarse para tratar de distinguir algún barco o la anhelada tierra.

—¡Esto no va!—dijo el piloto a los dos hermanos que acurrucados tras él esperaban poder ayudarle en algo.

Miraron el reloj. Eran las 8 de la mañana. El sol pugnaba por atravesar masas compactas de nubes sin lograrlo. A sus pies las olas agitadas todavía chocaban unas contra otras con fuerte estruendo.

El aparato se acercaba al mar por momentos a pesar de los descomulgados esfuerzos del piloto. Los presentes naufragos, pálidos, pero serenos, aguardaron el choque con el líquido elemento.

A las ocho y media, cuando un sol de invierno hizo su tímida aparición anunciando el fin decisivo de la tormenta, el tren de aterrizaje rozando la cresta de una ola salpicaba a los viajeros de espuma y segundos después todo el aeroplano picaba en el mar produciendo el formidable choque que una tempestad... en miniatura.

—¡Se acabó!—dijo el piloto escupiendo una bocanada de agua salobre y abandonando la dirección que había logrado conservar casi hasta el último momento.

El aeroplano rodó un instante dando tumbos y luego, parado



ta llegar a pocos metros de una masa oscura.

Los tres ocupantes, todavía muy sobresaltados, saltaron a tierra firme. Dos o tres hombres aparecieron entre la bruma como fantasmas.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Rugby.

Los hombres se miraron con extrañeza.

—¡Pues nadie lo diría! Más bien parece que vengan del mar...

—¡Pero ¿no estamos en Cunner-field?—balbuceó el piloto.

—No, señor. Han aterrizado ustedes a 100 metros del mar... en el muelle de Harwich.

Preguntaron por una fonda en donde pasar la noche y uno de los curiosos los condujo a un fondecho que tenía la ventaja de estar muy cerca de allí. Cenaron frugalmente y se encerraron en el cuarto que les había sido destinado. No tardaron mucho en dormirse, pues estaban cansadísimo por el partido de rugby que habían jugado aquella tarde.

A las 5 de la mañana, unos golpes dados en la puerta de su alcoba advirtieron a Machucho y

El aparato recorrió rápidamente el espacio de tierra firme sin lograr desprejarse y al llegar al extremo del muelle se hundió en el vacío.

II

El aparato producía la impresión de que andaba dando tumbos por el alborotado firmamento.

—¡Pero qué pasa?—dijo Pilongo gateando por la estrecha comunicación del aparato hacia el asiento del piloto.

El pobre hombre enloquecido por la emoción, no respondió. Se limitó a señalar hacia las alas cuyos tensores (cerrados hábilmente por Simeón en su casi totalidad), no habían podido resistir a los embates del huracán. El ala derecha inferior, sin sostén, había terminado por desgarrarse y amenazaba ruina total.

—¡Puede arreglarse eso?—preguntó a su vez Machucho.

—Es casi imposible—contestó, por fin, tartamudeando de frío—, habría que ir gateando por el ala y la operación es peligrosa hasta en tiempo ordinario...

Pero Machucho no era hombre que se acobardara ante el peligro. Se ciñó su impermeable atándose de modo que el aire no hiciese presa en él y sin vacilar un instante saltó al vacío.

—¡Cuidado!—gritó el piloto— ¡Se va usted a hacer arbolito por el viento!...

Pero Machucho ya no le oía. Cegado por el agua que caía a torrentes, zarrandeado como un pellejo por fuertes ráfagas, gateaba ganando terreno, pulgada por pulgada. Por de pronto el peso de su cuerpo, equilibrando el aparato, permitió que el piloto pudiese gobernarlo más fácilmente.

—¡Sujete la lona... de modo que no flote!



¿Se han hecho ustedes daño?

el motor, quedó inerte a merced de las olas que empezaron a barrerlo en todas direcciones.

—¡Piloto! —gritó Machucho— ¡Me parece que la lona resiste bien por debajo!

—¡Lancen al mar la correspondencia mientras que yo desatornillo algunos hierros.

Pilongo se lanzó a cumplir la orden, pero de pronto dió un grito de alegría.

—¿Qué pasa? —preguntaron Machucho y el piloto intriguados.

—¡Pasa... que estamos salvados!

Machucho y el piloto se miraron. ¿Se habría vuelto loco Pilongo?

—¡Tiene usted goma, cola o algo que sirva para coser?

—Algo de eso hay, en previsión de alguna compenenda—dijo el piloto.

—¡Pues manos a la obra! —gritó Pilongo en el colmo de la alegría.

—¡Pero qué obra?

Pilongo sin responder directamente a la pregunta puso en manos del piloto y de su hermano

unos cuantos sacos vacíos y proveyéndose de unas tijeras empezó a rasgar sacos por la mitad.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntaron Machucho y el piloto en el colmo de la impaciencia.

—...Ayúdame a hacer... ¡el globo!

—¡Acébamnos!

Y los tres se pusieron febrilmente a trabajar. La idea de Pilongo era buena, pues los sacos

eran de tela engomada muy ligera. Si el mar respetaba al aparato, era posible en dos horas hacer un globo aceptable...

A las 10 de la mañana el trabajo estaba muy adelantado y el globo empezaba a tener forma de tal. Sin embargo, escaseando los sacos fué preciso

arrancar tela de las alas del aparato sumeridas, con lo que disminuyó la superficie de sustentación y fué preciso tirar al mar un buen pedazo

del motor para evitar que el aparato se hundiese.

A las 11 el aerostato estaba terminado y la barquilla (una caja) atada con 5 o 6 tensores al globo.

Con gran emoción el piloto encaramado junto con Machucho y Pilongo en la barquilla inflamaron

latas de bencina y el informe globo comenzó a hincharse cabeceando.

—¡Cuidado... mucho cuidado!

Por fin la pesada e informe envoltura comenzó a flotar en la atmósfera. El peligro estaba

ahora en que el despegue no fuese lo suficiente rápido para permitir una elevación de unos

cuantos metros y fuesen rodando por el mar.

El globo hacía desesperados esfuerzos para romper sus ligaduras.

—¡Suelta todo! —vocó el piloto considerando la hinchazón bastante.

Machucho y Pilongo se lanzaron uno a cada tensor. Libre de trabas, el globo dió un brinco y

segundos después se mecía a unos 300 metros de la superficie del mar.

—¡Estaban en salvo!

—¡Basta de hurras, señores! —dijo el piloto a los dos hermanos que gritaban con gran entusiasmo.

Comprendiendo la justicia del reproche, los jóvenes se pusieron inmediatamente a trabajar y

lograron que el globo continuase su marcha ascendente. Los restos del aeroplano empezaban a

dejar de ser visibles, lo cual era un indicio de su marcha. Organizaron una especie de guardia por

turno. De ese modo pasaron dos horas.

De pronto, el piloto señaló unas columnas de humo, diciendo:

—¡Estamos salvados!

Precisamente una corriente aérea los llevaba en aquella dirección y poco a poco en el horizonte

fueron apareciendo los cascos de una veintena de navíos.

—¡La Escuadra Inglesa del Canal! —dijo el piloto con la mayor alegría. — ¡Bajemos!

—Bueno... bajemos —dijo Pilongo; pero el

ruego no olvidó que nosotros tenemos pendiente una apuesta. A las 6 de la tarde debemos estar

en París.

Los buques estaba ya a una distancia tan corta, que podían distinguirse los menores detalles

de su construcción. Multitud de marineros corrían por los puentes y se encaramaban a las cofas. El

buque insensiblemente intrínzaba por el raro aspecto del

globo, lanzó un cañonazo con pólvora sola para

reclamar la atención e hizo señales con banderas.

—...Pregunta quiénes somos...

Machucho cogió dos latas que llevaban etiqueta

roja y, poniendo entre ellas su bufanda amarilla, indicó su nacionalidad.

Volvieron a ondear nuevas banderas.

—¡Qué hay que decir ahora?

—¡Esto! —dijo el piloto arrebatando la bufanda a Pilongo y ondeándola.

Tres o cuatro chalupas

automóviles se desprendieron de los potentes

costados de los barcos y bogaban hacia ellos a

gran velocidad. Pilongo

apagó el fuego y el globo

empezó a descender suavemente. Una chalupa con

unos cuantos marineros y un oficial había llegado

bajo ellos.

—¡Desciendan sin temor, que ya los pescaremos! —dijo el oficial.

—Perdone usted una pregunta. ¿A dónde se dirigen ustedes?

El oficial vaciló antes de responder.

—...De crucero a las costas de España...

—De modo que...

—antes de 4 días están ustedes en Vigo.

—Pues ¡muchas gracias, pero no nos conviene!

—Baje usted, piloto, si así lo desea.

El piloto no se hizo repetir la invitación, y se

dejó caer de cabeza al agua. El globo sin aquel

lastre de 80 kilogramos se elevó de golpe hasta

más de 500 metros.

Las chalupas volvían a alejarse hacia los acorazados.

El piloto debía haber puesto en antecedentes al oficial y pocos momentos después la

chalupa y el piloto eran izados a bordo del buque al

mirante. Los gigantes de acero volvieron a vomitar

torrentes de humo y reanudaron su marcha.

Machucho recapacité un momento.

—Era la escuadra del canal. Van hacia España

o sea hacia el Sur. Si logramos encontrar una corriente

que nos lleve hacia el Este, forzadamente aterrizaríamos

en Francia o en Bélgica...

—¡Eres un tío con lógica!

—dijo Pilongo alborozado.

El navío almirante volvía a reclamar atención.

Pilongo.

—¡Llévase lápiz? —dijo

Pilongo.

—¡Aguarda... no sé!...

—Es igual, mete el dedo

en aceite y apunta donde quiera.

Y Pilongo fué dictando una serie de colores

exactos a los de las banderas que iban apareciendo.

—¡Ya está!

—Ahora quite la bufanda y agítala como yo.

Después de aquel saludo se pusieron nuevamente

a trabajar mientras que los colosos de acero se

iban alejando.

Acumularon combustible hasta que su suerte

les hizo encontrar una brisa que los conducía poco

más o menos en la dirección deseada y, media

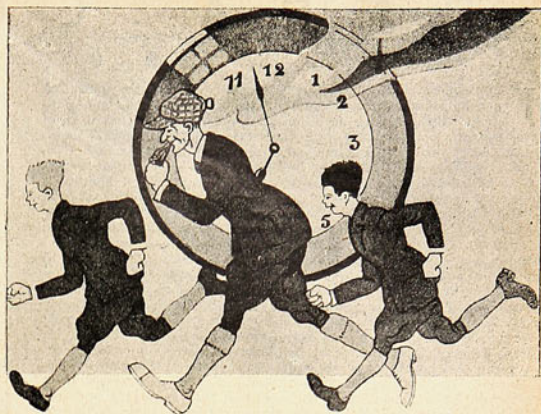
hora después, señalaban una larga sombra a nivel

del mar.

—¡¡¡Tierra!!!

Innumerables canales, llenos de barquichuelos

aparecieron en una tierra llana y arenosa.



ron los ojos. Estaban presos entre las ramas de un

servido de paracladas.

árbol último y que providencia/mente les había

—¡Se han hecho ustedes daño? —preguntaron en francés.

Estaban en Gante. En Bélgica.

III

A las 6 de la tarde tras de devorar en tren especial los 280 kilómetros que separan a Gante de

París, Machucho y Pilongo alquilaban un potente

auto y devoraban la carretera que conduce a Le

Bourget, en busca del inglés.

Preguntaron en las oficinas del inmenso aeródromo.

Nadie supo darle razón. Conrutos y malhumorados, salieron al campo de aterrizaje de los

aviones de Londres. Empezaba a encenderse los

potentes faros de señales y la tierra estaba en una

semi-obscuridad.

—Aquél debe de ser—dijo Pilongo a Machucho,

notando un bulto extendido en el suelo y del cual

se desprendían fuertes nubes de humo.

—¡Mr. Jhon! —gritaron al unísono.

El inglés se incorporó sobresaltado y confuso,

pero reconociendo a sus dos amigos soltó una

risotada y guardándose el cronómetro, trípode y

encendedor en uno de sus amplios bolsillos, les alargó

ambas manos que se apresuraron a estrechar.

—¡Well! Estaba a punto de quemar el cheque,

¡Este pobre Simpson tiene mala suerte en las

apuestas!

Los muchachos lo arrastraban al auto y el

chauffeur arrancaba al instante en dirección a

París. Durante el trayecto Machucho y Pilongo le

contaron sus complicadas aventuras.

Ya estaban cerca de la Banca cuando un policía

precisamente frente a ellos extendió el brazo

e interrumpió la circulación. Una enorme fila de

vehículos se ponía en marcha y les cortaba el

camino en sentido transversal.

Machucho saltó al asiento del chofer, a quien

inmovilizó con su cuerpo, dió un bocinazo de

aviso y apoderándose del volante lanzó el auto a

toda marcha.

IV

El cajero miró el documento, luego el reloj y se

PARA LOS NIÑOS

EL TESORO DE LAS ROSAS

HACE muchos, pero muchos años, vivían en su pobre choza un par de leñadores, ya viejecitos, que disfrutaban de una gran dicha. Una mañana se levantaron muy temprano para ir al bosque cercano en busca de leña. Iban tranquilamente por el camino, cuando creyeron oír una especie de quejido que partía de un foso cubierto de rosales silvestres. —¿Qué será?—preguntó la vieja llena de sorpresa y de susto. —“Vámonos”—contestó el hombre y con mucha decisión se acercó al foso mirando a su interior. Entonces dijo alegremente: —“Mira, mujer, qué guagua más linda”. La mujer se puso de rodillas para poder admirar a su sabor la criatura. En el fondo del foso había una lindísima niña que sonreía, tendiendo a los leñadores sus bracitos blancos. —“La preciosa, es el cielo quien nos la manda. ¡Cómo vamos a regalársela!... Pobre pequeño querubín... Tú faltabas a nuestra felicidad, ya que no tenemos hijos. Tú vas a ser nuestra hijita y la felicidad de nuestra vejez”. La mujer tomó en brazos a la guagua y echó a andar camino de su choza, seguida por el viejo, ambos llenos de felicidad. En la casa, delante de la chimenea, la niña, reconfortada, sonreía cada vez con más confianza a sus padres adoptivos. —“Le vamos a poner Rosa”—dijo el viejecito. —“Sí”—contestó ella—le llamaremos Rosa en recuerdo del sitio en que la encontramos. Ella será para nosotros el Tesoro de las Rosas”. Y ambos viejos se pusieron a acariciar a la niña que con un gesto lleno de gracia tiraba de las blancas barras del leñador. Y pasaron los años... y la niña se convirtió en

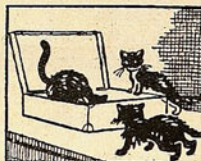


una linda jovencita llena de belleza y de virtudes. Y una noche en que había tempestad, una pobre vieja, cubierta de harapos llamó a la puerta de los leñadores pidiendo hospitalidad. La leñadora le dijo: —“Pase, buena anciana, séquese al lado de la chimenea mientras yo le preparo un plato de sopa”. Pero de repente, ante los ojos estupefactos de todos, la vieja harapienta se transformó en una maravillosa señora vestida de sedas resplandecientes y adornada por joyas suntuosas. —“Yo soy—dijo—el hada Reconocimiento, madrina de Rosa que no es otra que la hija del rey y que estoy ahora encargada de llevar a su palacio”. —“Rosa, la hija del rey... Así que vamos a perderla.”—dijo la leñadora con los ojos llenos de lágrimas. —“Si”—contestó el hada—pero como ustedes han sido tan buenos con ella, tanto el rey como yo queremos que ustedes pidan lo que más deseen para concedérselo. Entonces los viejos, llorando a lágrima viva, dijeron a dúo: —“Nosotros no queremos nada, ya que nada nos consolará de la pérdida de Rosita. Si usted, buena hada, se lleva nuestro tesoro, no nos quedará otro remedio que morirnos de pena”. —“No esperaba yo otra cosa de sus virtuosos corazones—dijo entonces el hada.—Pero un desinterés y un carísimo como éste merece un gran premio. Ustedes encontraron un tesoro y lo conservarán. Yo los llevo con Rosita a los palacios del rey, donde ustedes serán los intendentes”. Y así fué cómo en la mayor de las felicidades los buenos leñadores acabaron sus días en el palacio del rey entre Rosita y el hada que solía ir a verlos.



LOS GATITOS INTRUSOS

TERESITA y su hermana mayor, Gabriela, tenía que hacer un viaje. Teresita tuvo a su cargo la preparación del coveví y su arreglo en una maleta. Preparó unos cuantos sandwichs, una torta de avena y unas presas de pollo con sus respectivas lonjas de pan. Acabado el arreglo, Teresita tuvo varias otras cosas que hacer, todo con mucho apuro, porque la hora de la partida se aproximaba. Mientras Teresita estaba en estos quehaceres, los tres gatitos negros llenos de traviesa y de golosinería que había en la casa, sintieron el buen olor de las vitualas y se metieron en la mesa comiéndose todo. Gabriela entró a la pieza y sin fijarse que los tres gatitos estaban en el fondo de la maleta haciendo la digestión de su comilona con un buen sueño, cerró la maleta y salió apresurada con ella en la mano, seguida por Teresita, ambas camino de la estación. No dejó de admirarlas que de vez en cuando sintieran unos ¡Miau! ¡Miau! medio ahogados. Teresita pensó que a fuerza de querer los gatitos que estaban en la casa, los sentía en todas partes y Gabriela también pensó lo mismo. Ya en el tren, pasó un largo rato en que las dos hermanas se dedicaron a mirar el paisaje por la ventanilla. Con el ruido del tren no sentían los maullidos desesperados que daban los tres prisioneros de la maleta. Al cabo de dos horas, como sintieran hambre, abrieron de común acuerdo la maleta, apareciendo ante sus ojos estupefactos los tres gatitos llenos de viveza y de ganas de jugar.



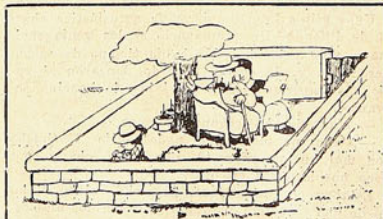
EN los últimos días universitarios del verano, y después de las solemnes “calabazas” septembrinas, circulan con profusión programas, a veces redactados en centros docentes y docentes para anunciar la “repartición” de premios a los alumnos más aprovechados.

Todo ello parece plausible, incluso que entre los premiados haya hijos y nietos de alumnos católicos, como testimonios de las disquisitas leyes de la herencia mental; pero en parece tan digno de aplauso el uso de la palabra “repartición”, que tiene todo el aire de un barbarismo agudo, con aspiraciones a quedarse en casa.

Tal vez buscando y rebuscando se hallen ejemplos del uso de dicha palabra en el sentido de “reparto” o “distribución”, y se había con propiedad cuando se dice “repartición” de consumos, o “repartición” de otras contribuciones; pero no parece práctica recomendable jubilar aquellas dos palabras tan castizas para usar a troche y moche la “repartición”, que es, ade-

MODOS Y MODAS DEL MAL DECIR

“Repartición” de premios



—Si eres buena... daremos luego una vuelta por el jardín.

más, término equivoco, porque significa propiamente “partición repetida o reiterada”.

Por el camino barbarista de la “repartición” de premios, además de dar de baja en el léxico de nuestro idioma dos palabras propias y sonoras, puede llegarse fácilmente a la “repartición” de periódicos; a la hora de la “repartición” del correo; a la “repartición” de papeles de una obra dramática, y hasta a la “repartición” de tortas y hostias.

“Tibi una”, maestro Ciruela, si vuelves a estampear (maldita sea tu estampa!) “repartición” de premios, y si consientes que lo digan tus “círculos” discípulos.

—U. G. de la A.

Nota bene. Como de costumbre, bastantes lectores de ambos mundos me favorecen con su correspondencia, casi siempre amable. Ninguno se impacienta, porque, si Dios quiere, todos llevarán con el tiempo su convida respuesta. —Val.